

EL VIAJE DE ELON

Hola, me presento, soy Elon, un pequeño brote de roble. Soy el mejor amigo de Renata, la mejor artista y pintora del mundo. Tiene siete años y un talento y corazón gigantescos. Ella siempre juega, en el jardín, y todos los días me riega y habla conmigo. Somos inseparables y no sé que haría sin ella. Soy joven pero sé que nunca seré tan feliz.

Ahora, que ya soy más grande, Renata se apoya en mi tronco y dibuja en su cuaderno los distintos paisajes que se observan desde el jardín. Muchas veces se queda dormida escuchando el suave sonido producido por el viento al mover mis ramas. Su padre, en verano, cuelga un pequeño columpio en ellas. Renata feliz se balancea en él. Sigo siendo pequeño pero ya sé muchas cosas.

Renata ya no tiene siete años, ahora graba las iniciales de su enamorado junto a las suyas en mi tronco. Y ahora, en su libreta, solo dibuja corazones y rosas pero sigue siendo mi pequeña Renata. Siempre estaré junto a ella. No sé que haría si algún día se cansase de mí.

Una noche, una gran tormenta me tiró al suelo y, al día siguiente, un grupo de personas me llevó en un gran camión. Durante mi travesía, solo pensaba en cómo se debía sentir Renata en aquellos momentos. Estaba muy triste pero resultaba que no era el único árbol, que había sido tirado por aquella tormenta, sino que un abedul llamado Urko también había sido separado de su familia en el País Vasco y nos hicimos buenos amigos durante el camino. Él me contaba historias de las vivencias que había tenido con Aritz, el niño que vivía en aquella casa, y decía que yo le recordaba mucho a él. Me alegraba haber conocido a un nuevo compañero aunque seguía echando de menos a Renata.

Llegamos a una fábrica donde recogieron nuestras semillas y cortaron nuestros troncos en trozos muy finos; nos quitaron la corteza. Tras meternos y sacarnos de varias máquinas, ahora éramos una especie de pasta en la cual la fibra se sometía a una serie de procesos en los que tomaba la forma de un objeto muy conocido por mí. Me estaba convirtiendo en un cuaderno. Bueno... en varios en realidad. ¡Me sentía tan contento! Era como si nunca hubiese dejado a Renata atrás.

Al salir de la fábrica ya no estaba triste. Estaba junto a Urko y mi ser formaba parte del objeto más querido de mi mejor amiga. ¡Yo era un cuaderno! Me esperaba un viaje maravilloso. Sabía que siempre llevaría a Renata en mi corazón y las semillas, que habían recogido antes de convertirme en los cuadernos, estaban siendo distribuidas por todo el país. El paisaje que había ignorado, de camino a la fábrica, ahora se había multiplicado y veía miles de preciosas flores y animales que nunca había visto. El cielo brillaba con la luz de un nuevo día y yo llegaba a un nuevo hogar.

Allí había millones de cuadernos como Urko y como yo. Era una papelería. Todos los días venían niños y niñas como Renata y Aritz y, también, gente más mayor que elegía con cuidado el cuaderno que más les gustaba. Mientras, mis semillas eran depositadas en nuevos jardines o en bosques donde conocía a nuevos amigos todos los días. Mis semillas se convertían en brotes, y esos brotes en nuevos árboles, grandes, fuertes, bellos, efímeros... pero felices.

Y no había día que no pensara en Renata pero conocía a nuevos artistas que no sólo dibujaban sino que, también, escribían historias como ésta, o magníficos poemas expresando infinitas emociones y aventuras.

Por eso ya no recordaba a Renata con tristeza sino como un recuerdo pasado, en el cual ambos pasábamos página. El mundo tenía mucho que ofrecernos a los dos. Debía permanecer fuerte y seguir hacia delante. Eso es lo que ella habría querido y lo que yo, en un principio, temía. No quería que me olvidase pero, ahora, sabía que aunque ella no me recordara, yo sí lo haría. Por eso, decidí centrarme en ser feliz y disfrutar de lo que tenía. Cada día sabía más y me daba cuenta de todo lo que me faltaba por aprender. Eso me inspiraba a seguir aprendiendo y seguir siendo feliz.

Mi parte favorita de todas era sentir cómo yo formaba parte de todas las historias y recuerdos escritos en aquellos cuadernos. Poder llevar a cabo todos los viajes que quisiese en un instante. Formar parte de un mundo precioso de cuentos y obras de arte. El sonido de los pájaros sobre mis ramas y el roce del lápiz sobre mis hojas eran sensaciones que yo notaba en todo momento y que adoraba.

Yo ya no era aquel pequeño brote de roble. Había descubierto que existía un mundo más allá del jardín de mi querida amiga y había conocido a nuevos amigos, compañeros de

aventuras y que, todo aquello, tan sólo era el comienzo. Había empezado una nueva etapa
y todavía me quedaba una maravillosa aventura llamada vida

FIN